

POR QUÉ ME GUSTA SÉNECA, PENSADOR ANACRÓNICO



H. C. F. MANSILLA

EN LAS HORAS DE LA soledad, que en la senectud siempre son abundantes, vuelvo a los estoicos. Estos pensadores me enseñaron que la vida se halla a menudo en un permanente desorden. Pero esto es solo la mitad de la verdad. Las experiencias de la vida, incluidas las íntimas, pueden ser transformadas por nuestra acción intelectual en algo comprensible, lo que incluye un impulso creativo. No podemos permitir que las cosas, el azar y la historia (es decir: el desorden por excelencia) nos sometan a sus moldes de modo inmisericorde. De acuerdo con la tradición estoica, debemos tratar, hasta donde nos alcancen las fuerzas y con una sana porción de escepticismo, de dar una forma razonable a las cosas y a la historia.

Me interesan vivamente los estoicos porque supieron concebir un código moral para la adversidad, la ancianidad y la cercanía de la muerte. Cicerón, Séneca, Epicteto y el emperador Marco Aurelio me enseñaron a valorar equilibrada y distanciadamente la riqueza, los honores, el goce del poder y otras minucias que constituyen la preocupación principal de mucha gente, y precisamente de la más talentosa e interesante. Los estoicos no se opusieron a las grandes fortunas, al éxito político o a la felicidad personal, pero desarrollaron simultáneamente una actitud sabia ante la prosperidad y la desgracia. La serenidad ante los

problemas y las catástrofes personales y la templanza frente a la dicha individual y colectiva son sus principales enseñanzas, y para aprenderlas se requiere de esfuerzos intelectuales. En mi época universitaria me di cuenta de que los tiempos de infortunio siempre son mayores y más frecuentes que los momentos de felicidad, siempre efímeros y precarios, y que por ello necesitamos reconfortarnos mediante un pensamiento vigoroso y realista —sin ser pesimista— como fue el estoicismo clásico. Séneca me mostró que es una simple pérdida de tiempo el quejarse sobre el sinsentido de la existencia. Siempre podemos alcanzar un sentido limitado, de acuerdo a nuestras posibilidades, configurando nuestra vida cotidiana de manera razonable.

Por todo ello, siempre retorno a Séneca (4 a.C.-65 d.C.) en las largas horas del crepúsculo. ¡Cuánto cinismo y cuánta sabiduría lado a lado! Tertuliano y otros pensadores cristianos dijeron que Séneca había tratado temas filosóficos con descuido y superficialidad y que solo había alcanzado alturas notables en la inflexible entrega al vicio, pero esto es evidentemente una exageración. Séneca fue un hombre en sumo grado perspicaz, inteligente y laborioso. Él supo manejar sutilmente los hilos del poder supremo y penetrar con su mirada de águila en los recovecos que tiene el alma humana. Mientras componía sus tragedias y escribía sus tratados de ética, Séneca sabía aprovechar las oscilaciones del mercado de granos en Egipto

Los estoicos no se opusieron a las grandes fortunas, al éxito político o a la felicidad personal, pero desarrollaron simultáneamente una actitud sabia ante la prosperidad y la desgracia. La serenidad ante los problemas y las catástrofes personales y la templanza frente a la dicha individual y colectiva son sus principales enseñanzas, y para aprenderlas se requiere de esfuerzos intelectuales.

para amasar la fortuna más grande de su época, que ya estaba acostumbrada a los grandes caudales producidos por la inusitada expansión del Imperio Romano a partir de Augusto.

Séneca fue un filósofo brillante y un buen regente del Imperio Romano bajo la minoría de edad del emperador Nerón. Su administración ha pasado a la historia como ejemplo de un gobierno eficiente y benigno. Sin tener grandes proyectos políticos y menos un programa revolucionario, Séneca supo dilatar el incipiente Estado de derecho, aseguró la vigencia de leyes justas y multiplicó los actos de la beneficencia pública. Él no pudo escoger la época en la que le tocó vivir ni el monarca a quien tuvo que colaborar. En este contexto aseveró Séneca: sabio es aquel que desprecia los bienes mundanos, pero no para rechazar torpemente su posesión, sino para gozarlos sin inquietud de espíritu. Una cosa es ser rico y poderoso; otra, la única detestable, es dar demasiada importancia a este hecho pasajero. Una cosa es tener abundantes bienes; otra muy distinta, el dejarse poseer por ellos. Nunca hay que renunciar a la riqueza, pero no hay que desesperarse si la fortuna desaparece. Si no sobrevaloramos los caudales, tampoco nos afectará su pérdida. *Pobre no es aquel que tiene poco, sino el que desea siempre más.* A menudo se puede alcanzar lo que es suficiente; aquel que se contenta con su pobreza es rico. Sería manifestación de burda arrogancia tanto el vanagloriarse del éxito económico como el tratar de encubrirlo.

Después de todo, dice Séneca, es tan poco lo que tenemos que dejar. Todos los días debemos despedirnos y desprendernos de algo.

Dos cosas nos acompañan a donde quiera que vayamos: la naturaleza, que es común a todos, y nuestra virtud. Nuestro planeta, lo más bello que ha producido el universo (y lo más grandioso), y el espíritu que observa y admira este mundo, constituyen lo que nunca nos podrá ser arrebatado. Tenemos además el pasado como posesión inmutable: es nuestro todo lo que han creado los pensadores, los artistas y los profetas.

La muerte de Séneca ha sido ejemplo para toda la posteridad. En el momento de abrirse las arterias, obligado por una orden de Nerón, el gran hispano-romano exclamó que lo único importante que dejaba no era su inmensa fortuna ni sus experiencias en la cima del poder político, sino el ejemplo ético de una vida bien lograda. Nadie duda del leve acento de cinismo que posee toda la obra de Séneca, pero no se puede negar que fue un maestro del realismo, un hombre que sabía moverse muy bien en las procelosas aguas de la praxis diaria, un maestro de lo posible y lo prudente. Lo cual no es poca cosa. ■

